



EL AUTOR DE LA «PASTOR BONUS». PERFIL DE UN PONTIFICADO

MONS. GIOVANNI BATTISTA RE

Excelentísimas e Ilustrísimas autoridades, estimados Profesores y participantes en este décimo cuarto Curso de Actualización en Derecho canónico de la Universidad de Navarra.

La Facultad de Derecho Canónico de esta Universidad organiza cada año estos Cursos de actualización con el deseo de profundizar en los aspectos del Derecho de la Iglesia que, en cada momento, tienen mayor interés. Y lo hace con un planteamiento que permite también la participación de quienes viven inmersos en la tarea de hacer operativo el Derecho Canónico en los diversos ambientes de la vida eclesial. Así, la docencia, la investigación y la práctica se enriquecen mutuamente.

El Curso de este año trata de examinar la reciente reforma de la Curia Romana, promulgada mediante la Constitución apostólica *Pastor Bonus*. En este tiempo en el cual está de moda hablar mal de la Curia, aprecio mucho esta iniciativa de un simposio sobre la reforma de la Curia.

Estoy muy contento de haber sido invitado a introducir las sesiones de trabajo de este Curso con unas palabras sobre el autor de la nueva Codificación Canónica y de esta nueva ordenación de la Curia Romana: el Papa Juan Pablo segundo.

1. Desde todas las partes del mundo se ponen los ojos con gran interés y creciente admiración en el Papa Juan Pablo II por su valiente dedicación no sólo a la causa de Dios sino también a la del hombre,

visto y amado con los ojos de Dios; visto y amado como criatura de Dios, hecha a su imagen y semejanza.

El es un defensor del primado de Dios, pero también un paladín de la dignidad de todo hombre y de la vocación que le llama a vivir en la libertad y en la paz.

Juan Pablo es «desde luego Aquel que, en nuestros tiempos, se ha encontrado personalmente con el mayor número de seres humanos. Son innumerables las personas a quienes ha estrechado la mano, a quienes ha hablado, con quienes ha rezado, a quienes ha bendecido» (Card. Ratzinger «Giovanni Paolo II» Peregrino por el Evangelio - «Ediz. Paoline», pág. 17).

Nadie se ha encontrado nunca, directamente, con tantas personas, como este Papa.

Y para El toda persona es preciosa.

Además, en estos años, no ha habido en el mundo ninguna otra personalidad capaz de interesar a la opinión pública en la medida en que lo ha hecho Juan Pablo II. De ningún otro Papa, en once años de pontificado, se han ocupado tanto la prensa, la radio y la televisión.

Todos los Papas de la historia, juntos, no reúnen, en sus desplazamientos, los kilómetros recorridos por Juan Pablo II en sus viajes. Contando todos los kilómetros recorridos por este Papa, hallamos que son tantos cuantos suma la distancia entre la tierra y la luna, más la mitad del camino de regreso de la luna a la tierra.

En ningún Pontífice se ha revelado el «carisma de las masas» como en este Papa de las multitudes. Posee una gran «carga humana».

Su persona, su presencia, suscitan entusiasmo, suscitan fuertes emociones. Las multitudes le escuchan con simpatía y le aclaman: todos quieren tocarle y basarle la mano. Hay más. No se puede negar que este Papa ha ejercido durante los últimos once años una profunda incidencia en la realidad mundial.

Es un Papa que guía la historia, que conduce la historia. Un Papa que entre las incertidumbres y los extravíos de tantos surge para dar líneas directivas a la humanidad, y lo hace como Papa, recordando que la pérdida del sentido de Dios conduce también a la pérdida del sentido de la dignidad del hombre (cfr. carta del 26 de agosto de 1989 con motivo del 50 aniversario del inicio de la segunda guerra mundial).

2. Me hallaba en Roma la tarde del 16 de octubre de 1978 cuando, inmediatamente después de la elección, Juan Pablo II apareció por primera vez en el balcón de la Basílica Vaticana.

Jamás me hubiera imaginado aquella tarde -por la sorpresa que suscitó aquel nombre desconocido para la mayoría de las personas, pronunciado por el Cardenal Pericle Felici, Proto-Diácono- jamás me hubiera imaginado el vendaval de novedades que el nuevo Papa habría de traer consigo.

El simple hecho de que, después de cuatro siglos y medio, el Papa había sido elegido de fuera de los confines de Italia constituía ciertamente un acontecimiento que marcaba el camino de la historia y hacía presagiar algo nuevo.

Era un acontecimiento que revelaba con particular intensidad lo atrevida, joven e imprevisible que es la sabiduría de la Iglesia, guiada por el Espíritu Santo a través de los dificultosos caminos del acontecer terrenal.

Aquella elección nos persuadía de que en la Iglesia no hay extranjeros: «de toda tribu, lengua, pueblo y nación» nace el Cuerpo Místico de Cristo, en el que todos son hermanos e hijos de Dios con el mismo título.

Las primeras palabras que pronunció -no limitándose a la simple bendición en latín como habían hecho sus predecesores- ya revelaban algo de la personalidad de Juan Pablo II, pero -repito- era difícil prever el vendaval de novedades que el nuevo Papa habría de traer consigo y que estos once años han dado a la luz.

3. No pretendo intentar un balance, ni siquiera aproximativo, de estos once años del pontificado de Juan Pablo II: sería una empresa demasiado ardua y compleja. Es un pontificado demasiado rico de experiencias.

En este coloquio amistoso desearía limitarme a delinear algún rasgo inconfundible de este Papa, que se inserta en el surco de la tradición y al propio tiempo posee un innegable timbre de novedad.

En Juan Pablo II impresiona su seguridad. Es un hombre de las certezas que nacen de una fe profunda. Desde los primeros gestos del

pontificado ha demostrado la segura firmeza de su fe y un arrollador amor a Cristo.

Algunas de esas certezas suyas han sido expresadas con frases lapidarias que han quedado grabadas de modo imborrable en la memoria, empezando por la apasionada llamada -desearía decir el apasionado grito- lanzada en la Plaza de San Pedro durante la Misa de inauguración de su pontificado, y reiterada luego en tonos más subidos durante el Año Santo de la Redención: «¡No tengáis miedo! ¡Abrid, más aún: abrid de par en par las puertas a Cristo!» (Enseñanzas, I, 1978, pág. 38).

En aquella lapidaria expresión estaba indicada la línea inspiradora de su pontificado. Emergía en aquellas palabras el deseo, percibido como un deber apremiante, de dar a conocer a Cristo, de hacer llegar a todos el anuncio de su Evangelio.

Emergían las ansias apostólicas que habrían llevado a Juan Pablo II por los caminos de este mundo, al encuentro de la gente de toda cultura, de toda raza, de toda fe, para anunciar a todos que sólo en Dios, que en Cristo se ha acercado a nosotros, la humanidad puede hallar la verdadera salvación. Y sólo en Dios el hombre y la mujer pueden hallar su verdadero significado y su plena dignidad.

Otra frase muy expresiva -un periodista la ha llamado el «grito más alto»- es la que Juan Pablo II pronunció en Lima el 1º de febrero de 1985 cuando dijo con la fuerza que le es propia: «el hombre puede organizar la tierra sin Dios, pero sin Dios no puede por menos de organizarla contra el hombre».

4. En este nuestro mundo afectado tan ampliamente por el tedio y la angustia, por el miedo y la aflicción, Juan Pablo II aporta un mensaje de esperanza.

Proclama que la esperanza para nosotros y para nuestro mundo hay que encontrarla en Dios, que se nos ha manifestado en Jesucristo.

Su ferviente invitación a la esperanza constituye un estímulo para buscar las razones de vivir en Cristo, Redentor del mundo y esperanza de la humanidad.

El eje de su enseñanza es el puesto central que asigna en todo a Jesucristo.

Cristo es el hijo de Dios y es el Señor del destino de los hombres y de la historia del mundo, pero un Señor que se halla en el centro del destino de los hombres sólo para redimirles dando sentido a su vida y para guiarles a la plenitud.

La verdad del misterio de Cristo, Redentor del hombre, es lo que inspira y anima al ministerio pastoral de Juan Pablo II. La suya es una evangelización convincente porque es fruto no de actitudes de cate-drático sino de contactos humanos y fraternales por los caminos del mundo.

5. El tema del hombre, de su dignidad, de sus derechos, de su vocación, de su destino eterno, es un tema que caracteriza la enseñanza del Papa Juan Pablo II, pero una cosa está bien clara: tiene en el corazón al hombre, porque tiene en el corazón a Dios.

En la primera Encíclica *Redemptor hominis* dirá que el hombre es la primera senda de la Iglesia: es el primer camino que la Iglesia debe recorrer en el cumplimiento de su misión (cfr. n. 14).

Pero el hombre es visto por él con los ojos de Cristo: es amado por él por amor de Cristo. La suya es una antropología cristocéntrica: el hombre halla el sentido de su vida por encima de sí. Lo halla en Dios que en Cristo se ha hecho hermano. En el campo de concentración de Auschwitz él dijo que un Papa de origen polaco, que ha nacido y ha vivido cerca de aquel «Gólgota del mundo contemporáneo», no tenía más remedio que iniciar su primera Encíclica con las palabras «Redentor del hombre», como para indicar que la causa del hombre está trágicamente perdida, como lo estuvo en Auschwitz, cuando se olvida al Redentor.

El tema clave de su mensaje sobre el hombre es el puesto primordial que éste debe ocupar en las preocupaciones, proyectos y esfuerzos de los responsables del mundo. El hombre en el centro: ésta es la expresión que repite frecuentemente.

Y el hombre a favor del cual se compromete el Papa es el hombre realmente existente en nuestros días, el hombre con sus cualidades y sus defectos, el hombre herido y por lo tanto constantemente necesitado de redención.

Y en la raíz de este compromiso del Papa en pro del hombre se halla una clara visión de la dignidad de cada persona humana. Todo atentado contra esta dignidad es una ofensa a Dios mismo, creador del hombre.

De aquí que la proclamación de los derechos del hombre adquiere en el pensamiento del Papa una dimensión casi teológica: se trata de los derechos que Dios mismo ha puesto en cada hombre.

Hablando de los derechos del hombre, un tema frecuentemente presente es el de la libertad religiosa. Karol Wojtyla ha visto demasiado de cerca lo que significa la falta de esa libertad, y ha sentido en su carne demasiado vivamente sus efectos para no ser particularmente sensible a tal propósito.

Por lo demás, la enseñanza del Concilio Vaticano II en esta materia, enseñanza a la que como padre conciliar no fue ajeno, le lleva a retornar sobre la cuestión, puesto que en el mundo es una cuestión álgida.

Su insistencia sobre la libertad religiosa es un servicio hecho a la Iglesia, pero es también un servicio prestado al hombre porque concierne a la dimensión más importante de la libertad, la dimensión sin la cual todas las otras son ilusorias. Para él la libertad religiosa, exigencia insuprimible de la dignidad de todo hombre, es «una piedra angular del edificio de los derechos humanos y, por lo tanto, es un factor insustituible del bien de las personas y de toda la sociedad» (Mensaje para la Jornada de la Paz, 1988, pág. 1).

6. El está profundamente convencido de que es necesario preparar el futuro, y como el futuro está constituido por los jóvenes, Juan Pablo II reserva una atención particular a la juventud.

La juventud es el signo del porvenir: en los jóvenes, en sus opciones y en sus iniciativas, está ya presente el futuro.

Para Juan Pablo II la incumbencia educativa es para la Iglesia un compromiso imprescindible.

«Lo que espera la juventud de hoy -dirá Juan Pablo II hablando a una peregrinación de Romagna- es algo nuevo, con posibilidades imprevisibles tanto en el bien como en el mal» (Enseñanzas IX, 1986, pág. 1002).

Este nuestro tiempo no tiene modelos tras de sí. La juventud es la edad de la generosidad más loca y de las empresas más audaces, pero al mismo tiempo es la edad más frágil, la que tiene más necesidad de la sabiduría y la fuerza de la Iglesia.

El Papa no deja de recordar a los jóvenes su responsabilidad, abriendo ante ellos perspectivas de compromiso, de fatiga, de sacrificio. El es para los jóvenes un amigo, pero un amigo exigente, como él mismo se ha definido.

La solicitud del Papa por los jóvenes reclama otro tema preferido por Juan Pablo II: el acercarse del tercer milenio.

El Papa Wojtyła experimenta muy intensamente el sentimiento del tiempo: siente el traspaso de un milenio a otro; preanuncia «el gran Jubileo que se celebrará al final de este milenio y al principio del sucesivo» y lanza una llamada a la humanidad amenazada para que reaccione y escuche la voz del Espíritu Santo, mensajero de liberación (*Dominum et vivificantem*).

7. Es un Papa que proclama la verdad con fidelidad y coraje. Una fidelidad y un coraje que ni siquiera las balas que le dispararon el 13 de mayo de 1981 lograron debilitar o rasguñar.

Hablando en Puebla a los Obispos de América Latina dirá que es incumbencia imprescindible de quien guía a la Iglesia la de ser maestro de la verdad. Y enseguida precisará: «no de una verdad humana y racional, sino de la verdad que viene de Dios».

Afirmar la verdad no ha sido nunca fácil. Tanto menos lo es hoy cuando toda la cuestión de la verdad ha sido sumergida por las críticas más radicales e irritantes.

8. El estilo de este Papa ha desbaratado la geografía de los contactos apostólicos: el suyo es un pontificado que conoce todos los caminos del mundo, realizando con singular evidencia el mandamiento de Cristo: «Id por todo el mundo... amaos a todas las naciones» (cfr. carta 28, 19).

Recorre el mundo hablando a todos, a fin de que la tierra no se destruya a sí misma en la insensatez de una catástrofe final, a fin de que

todo hombre sea hermano, a fin de que el amor sea más fuerte que el egoísmo y que el odio.

Los viajes de Juan Pablo II son sin duda una característica del presente pontificado y una dimensión significativa de la vida de la Iglesia en nuestros días (cfr. *Los viajes de Juan Pablo II*, en «Civiltà Cattolica» 1985 II, 545-557).

El capítulo de los viajes Juan Pablo II lo halló ya abierto por sus predecesores.

Ya Juan XXIII había intuido esta dimensión apostólica, había hablado de ella, pero había ido sólo a Loreto y a Asís.

Pablo VI, con sus 9 viajes fuera de Italia, había abierto el camino a este nuevo estilo. Intuyendo toda su importancia, el 11 de noviembre de 1970 dijo: «El oficio apostólico incluye el de una misión itinerante y destinada a la expansión y a la consolidación de la Iglesia... El apóstol es de hecho, o de derecho, un peregrino sobre los senderos de la tierra, en toda su longitud 'hasta la extremidad de la tierra'» (Enseñanzas de Pablo VI, vol. VIII, 1970, 1186).

En el curso de una conferencia pronunciada durante el congreso organizado en 1983 por la Escuela Francesa de Roma en colaboración con el Instituto «Paolo VI» de Brescia, Mons. Jacques Martin reveló que un día a Pablo VI se le escapó esta reflexión profética: «Ya veréis cuantos viajes hará mi sucesor» (J. Martín, en «Paul VI et la modernité dans l'Église», Escuela Francesa de Roma, 1984, 332).

No se puede negar que Juan Pablo II esté dotado de destacados dones de Dios para este género de actividad pastoral. Su conocimiento de lenguas y dominio de ellas, su sorprendente capacidad de comunicar con cada persona y con las multitudes de cualquier continente y raza son ciertamente cualidades propias que le habilitan particularmente a este modo, nuevo y muy comprometedor, de ejercitar el ministerio de Pedro. Pero mirando más a fondo, después de once años, y recorriendo con el pensamiento los puntos salientes de la variada y compleja trama tejida de un punto al otro del globo, la palabra exacta es una sola: carisma. El posee un carisma especial para este apostolado.

Juan Pablo II sabe hablar a cada pueblo de modo apropiado. Y cobra una espontánea popularidad, sobre todo porque en él no existe fractura entre lo que piensa, lo que cree, lo que dice y lo que él es. Esta límpida congruencia, este testimonio es precioso para los hombres y las

mujeres de nuestro siglo quienes, más que de maestros, tienen necesidad de testigos.

Tienen necesidad los *católicos* para ser reforzados en la fe. Pero también los *no católicos* contemplan con atención e interés al Papa y a su ministerio. Los viajes han evidenciado que la popularidad del actual Pontífice es grande también ante los que pertenecen a otras religiones. Lo han demostrado los viajes a países de mayoría no cristiana.

Los viajes del Papa han permitido constatar lo presente que la Iglesia está en el mundo que -como ha puesto de relieve André de Frossard- en la conciencia de los hombres de hoy existe un fondo cristiano más real y vivo de lo que se podría imaginar.

Los viajes apostólicos son un signo para nuestro tiempo, que no obstante las apariencias tiene sed de certezas, tiene sed de Dios.

9. Entre las cosas -que el tiempo no borrará- realizadas por el Papa Juan Pablo II, se halla ciertamente también la reforma de la Curia Romana.

Desde el principio de su pontificado Juan Pablo II se planteó el problema de si la estructura, el funcionamiento y la actividad de la Curia Romana respondían en medida suficiente a las incumbencias que a ella le conciernen, y qué convenía hacer para mejorar la situación, a breve distancia de la reforma efectuada por Pablo VI con la Constitución Apostólica *Regimini Ecclesiae* del 15 de agosto de 1967, que puede ser considerada la más importante entre las que han tenido lugar en la historia milenaria de la Curia, después de la radical reestructuración llevada a cabo por el Papa Sixto V en 1588.

En la reunión de todos los Cardenales que tuvo lugar en 1979, Juan Pablo II quiso que el Colegio Cardenalicio se pronunciara también sobre la propuesta de poner al día de la reforma de la Curia.

Nació así la reforma que, tras años de trabajo, fue promulgada con la Constitución Apostólica *Pastor Bonus*.

Entre los muchos aspectos y puntos de interés que, a lo largo de estos días de estudio, se presentarán a nuestra reflexión, yo quisiera llamar vuestra atención sobre la larga introducción o proemio que precede a la parte normativa.

En ella el Papa, el Legislador, expresa con claridad su mente, sus deseos sobre lo que debe ser la Curia Romana. Todos somos conscientes de que en esas primeras páginas de la *Pastor Bonus* se encuentra la luz necesaria para interpretar el sentido de las normas positivas. De ahí se deducen las características fundamentales de la Curia Romana y de la misión que está llamada a cumplir cada vez con mayor perfección.

1) Es una reforma en la que se destaca una profunda característica pastoral: la Curia Romana es concebida y renovada a la luz de la eclesiología de comunión.

Es decir, tiende a hacer más tangible y eficaz en toda la Iglesia el servicio a la unidad en la caridad, que caracteriza el ministerio petrino «a fin de que la comunión se instaure en todo el organismo de la Iglesia, se fortalezca y continúe produciendo sus frutos admirables» (*Pastor Bonus*, n. 1).

2) El diseño de la nueva fisonomía de la Curia pone al día la configuración jurídica de la misma a la luz de las nuevas exigencias, revisando la tipología de los Dicasterios y organismos, retocando, más o menos profundamente, su estructura.

Continuidad y modernización se entrelazan en la nueva Curia Romana, siempre con el propósito -que marca este pontificado- de poner en práctica con fidelidad toda la enseñanza del Concilio Vaticano segundo. El Santo Padre considera la Constitución *Pastor Bonus*, como también el nuevo Código de Derecho Canónico por él promulgado, en cierto sentido como un fruto del último Concilio ecuménico (cfr. *Pastor Bonus*, n. 7). La reforma promueve además la colaboración entre los varios Dicasterios en las cuestiones de competencia mixta, sobre todo mediante las Comisiones interdicasteriales.

3) Se subraya también la naturaleza de servicio eclesial de la tarea efectuada por quienes trabajan en la Curia Romana.

Un servicio que debe ser realizado «imitando la diaconía del mismo Cristo» (*Pastor Bonus*, n. 9), en inmediata adhesión y perfecta obediencia (cfr. *ibid.*, n. 7) a su Vicario, Sucesor de Pedro.

Esta reforma es ciertamente un acto de gobierno destinado a aportar abundantes frutos: es una reforma que proyecta sobre los años del tercer milenio el servicio que la Curia está llamada a efectuar al ministerio petrino y a la Iglesia.

10. La dimensión mariana de Juan Pablo II merecería una digresión larga. Me limito a decir que no se puede comprender plenamente a Juan Pablo II si no se capta la dimensión mariana expresada en el lema «Totus tuus» y grabada profundamente en su vida, desde cuando iba al trabajo a las canteras de piedra o al establecimiento de Solvay, llevando en el bolsillo el «Tratado de la verdadera devoción a la Virgen» de Luis María Grignon de Monfort.

Expresión de esa devoción es la oración que fue recitada en Santa María la Mayor el día de Pentecostés de 1981; el texto había sido escrito por el Papa poco antes del 13 de mayo, y el Pontífice no se halló en condiciones de acudir a la Basílica mariana con los representantes de los principales episcopados del mundo, invitados por él.

Gran parte de aquel texto el Santo Padre lo repitió en el acto de consagración pronunciado en Fátima el 13 de mayo del año sucesivo, y después fue recitado en todas las diócesis el 25 de marzo de 1984, con ocasión del Jubileo de la Redención.

En la Encíclica *Redemptoris Mater* se ve lo fundada que está la devoción mariana del Papa en la Sagrada Escritura y lo inspirada que está en la teología. La devoción mariana es una herencia que le viene de su patria, pero que ha sido bien profundizada por él personalmente en la oración y en la vida.

11. Quizá os interese saber lo que más me ha impresionado en estos años en los que he tenido el privilegio y el gozo de trabajar cerca del Papa.

Observando desde cerca la personalidad y la actividad de Juan Pablo II, son no pocas las características que saltan a los ojos. Pero hay una cosa que me ha impresionado más que ninguna otra particularmente a medida que he tenido ocasión de constatarla: la intensidad de su oración, manifestación de una profunda y vivida comunión con Dios.

Este 263º sucesor de Pedro, este Pastor profundamente humano, este intelectual de extraordinario vigor, este «leader» que arrastra a la juventud, es ante todo un *hombre de oración*.

Impresiona cómo Juan Pablo II se entrega a la oración: se advierte en él una transposición, que le es connatural y que le absorbe como si no tuviese problemas y compromisos urgentes que le llaman a la vida

activa. Su actitud en la oración es recogida y, al mismo tiempo, natural y suelta: testimonio, este, de una comunión con Dios intensamente arraigada en su ánimo; expresión de una oración convencida, gustada, vivida.

Los Secretarios, cuando llegan por la mañana a la capilla, le encuentran ya allí, absorbido en la meditación y en el coloquio con Dios, antes de iniciar la Santa Misa.

Durante la jornada, el paso de una ocupación a otra, está signado por una breve oración. Con una invocación a María (en la parte superior del margen derecho), suele iniciar cada una de las muchas páginas que rellena cotidianamente, redactando con su letra pequeña el texto de homilías, discursos y documentos magisteriales.

También en sus viajes visita continuamente santuarios, iglesias y capillas, donde se detiene a rezar prolongadamente. Son impresionantes las fotografías que le representan de rodillas, por ejemplo, sobre el suelo de la celda del Padre Kolbe en Auschwitz, ante el monumento de los caídos a causa de la bomba atómica en Hiroshima, en las Fosas Ardeatinas o ante la lápida que recuerda el atentado que tuvo lugar en la estación de Bolonia. En Fátima, el 13 de mayo de 1982 -a la hora exacta en la que un año antes él había caído herido en la Plaza de San Pedro, escribiendo en la historia de la Iglesia una página que no será olvidada- Juan Pablo II se arrodilló ante la Virgen rezando en silencio durante 50 minutos, como olvidando el intenso programa de aquella jornada. De la misma manera que se había arrodillado en silencio, el día anterior, al llegar a Fátima.

Son conmovedoras la facilidad, la espontaneidad y la prontitud con las que pasa del contacto humano con la gente al recogimiento íntimo con Dios. En su vida existe una admirable síntesis entre contemplación y acción: la fuente de la fecundidad de su obrar está en la contemplación.

No sorprende, por lo tanto, el hecho de que ya en su primer discurso al mundo, después de la elección, toque también el tema de la oración.

Y tampoco sorprende el que, como consecuencia, en sus enseñanzas sea tan frecuente el tema de la oración, por él calificada «primera expresión de la verdad interior del hombre, primera condición de la auténtica libertad del espíritu», la cual «expresa la relación del hombre con el Dios viviente» y por eso «da un sentido a toda la vida, en cada

uno de sus momentos, en toda circunstancia» (cfr. homilía en el Santuario de la Mentorella: «L'Osservatore Romano», 30-31 de octubre de 1978, pág. 2). «Rezar significa hablar con Dios... significa hallarse en aquel único Verbo a través del cual habla el Padre, y que habla al Padre... La oración debe abarcar todo lo que forma parte de nuestra vida» (Discurso de la Audiencia General del 14 de marzo de 1979: «L'Osservatore Romano» del 15 de marzo).

El Cardenal Innocenti, actualmente Prefecto de la Congregación del Concilio, narra que cuando era Nuncio en Madrid fue testigo del siguiente episodio: «Durante el segundo viaje a España, tras una jornada intensa y fatigosa, por la noche, ya tarde, el Papa se retira en su habitación. Por la mañana temprano, hacia las cinco, el Nuncio se levanta. Preocupado de que todo esté en orden, inspecciona todas las habitaciones. Al llegar a la capilla abre la puerta para dar un vistazo y, con suma sorpresa, ve al Papa tendido en el suelo. Está rezando privadamente el «Via Crucis». Con discreción, cierra la puerta y se va.

En el Santuario de la Mentorella adonde el Papa acudió para rezar, dos semanas después de la elección a la sede de Pedro, dijo: «La oración... es la primera incumbencia y casi el primer anuncio del Papa, así como es la primera condición de su servicio en la Iglesia y en el mundo» («L'Osservatore Romano», 30-31 de octubre de 1978).

Nadie ignora las tareas inmensa que graban sobre las espaldas de un Papa. La suya es una jornada devorada por numerosos y graves compromisos, que la «sollicitudo omnium ecclesiarum» impone a su ánimo.

Pues bien: este Papa tan dinámico dedicado al servicio del hombre, cuya grandeza, cuya vocación, cuyos derechos él hace objeto constante de su propia enseñanza y de su propia acción; este Papa, que aparece también ante los ojos de quien no acoge el mensaje cristiano, el incansable defensor e intrépido heraldo de las más verdaderas y profundas aspiraciones del hombre (la sed de justicia, la necesidad de hermandad y solidaridad, el deseo de progreso y bienestar, el anhelo de paz), pues bien, este Papa declara que tiene un compromiso prioritario: el de rezar.

¡Es esta una gran lección que él nos da a todos nosotros! La profundidad espiritual es la fuente primaria de la que brotan el fervor y la creatividad incomparables de este Papa.

12. Se dice que cada época tiene *su* Papa, que responde a las exigencias de ese determinado período. Esto es verdad siempre, pero mucho más en los momentos cruciales de la historia, cuando se juegan los destinos del futuro del mundo.

Las últimas décadas de años forman parte de una de estas épocas cruciales: hemos tenido los Papas de los que la Iglesia y la humanidad tenían necesidad.

Era necesario un Juan XXIII para abrir el Concilio. Era necesario un Pablo VI para llevar a término el Concilio e iniciar su cumplimiento.

Después del paréntesis, breve pero luminoso, de Juan Pablo I que había conquistado los corazones con su bondad y sencillez, hacía falta un hombre excepcional como Juan Pablo II, un Papa destinado a marcar una coyuntura no sólo en la historia de la Iglesia, sino también en la conciencia de la humanidad. El es Papa de la Iglesia de hoy: es el Papa que hoy necesita la Iglesia. Es la encarnación auténtica de la perenne vitalidad de la Iglesia.